



Jaime Turrent

LA BURBUJA AZUL

Un cerdo con una cofia de monja y un hombre desnudo están sentados y se acarician mutuamente ante el asombro de otro hombre vestido que sostiene un libro blanco sobre la cabeza. En un alto trono de madera una gran figura azul de grueso torso, pero piernas y brazos muy delgados, está de perfil mostrando un enorme ojo negro en su cabeza de pájaro coronada por una olla. Su mano izquierda va empujando dentro de su achatado y agresivo pico el cuerpo desnudo de un hombre al que le salen golondrinas por el ano. Debajo del trono, en una burbuja azul en forma de globo, asoman una cara y unos brazos que luchan desesperadamente para no caer a un hoyo que está exactamente abajo de la burbuja, y en el cual unas nalgas grises defecan monedas y una mujer gorda y gris ayuda a un cuerpo opaco a vomitar un líquido negro. Un manto tenuemente enrojecido le pasa entre las piernas a la gran figura azul, para caer en los lomos de una pequeña figura verde con escafandra y manos enramadas que trata de quitarle un cuerpo desnudo de mujer a un animal que la está poseyendo. Dos animales que parecen perros con armadura devoran impunemente a un ser humano de actitudes expresivamente dolorosas. Un largo pico asoma entre las rendijas de otra armadura de la que cuelga un penacho con espinas al que está amarrado un pie sangrando, y de la armadura sólo sobresale un muslo atravesado por una flecha. Dos mujeres sin ropas, ambas con flautas entre las nalgas, cargan una gran flauta dorada a la que una cara redonda y roja sopla fuertemente saliéndole humo y una mano desesperada por el otro extremo, rodeados de figuras humanas que se tapan los oídos, lloran, se desmayan o enloquecen rodeando un raro artefacto de madera. Desde el fondo de un tambor aparece un rostro gris, adolorido.

Movió la cara ligeramente hacia la izquierda.

Las cuerdas de un arpa atraviesan y sostienen por la piel a un cuerpo abierto, crucificado de espaldas en el arpa. Otro ser humano está amarrado a un laúd del que tratan de libertarlo unas manos negras y misteriosas. Abajo del laúd hay un libro de notas musicales y medio cuerpo que también tiene notas musicales escritas en las nalgas hacia las que señala una mujer con el índice. Unas garras se apoyan en los hombros de esta mujer y sobre su cabeza resalta la cara negra de una fiera que lleva un libro rojo sobre el cráneo, ante el regocijo de una figura amorfa y desdentada. Animales de todos colores, de formas y ropajes extraños flagelan indefensos cuerpos de hombres y mujeres. Algunos de estos cuerpos tienen cuchillos clavados en la espalda y en la palma de las manos. Otras figuras amorfas tienen flechas o lanzas clavadas en el ano. Una espada decapita a un hombre vendado con un trapo transparente que se sostiene la cabeza con una mano. El torso desnudo de una mujer balancea un dado que trae en la frente. Un hombre encorvado espía entre los dedos de su mano que le tapan la cara sólo parcialmente. Dos cuerpos fornican parados de manos.

Innumerables cuerpos brotan del agua y penetran apresurados a un gran huevo. Un negro hace el amor con una rubia. Un enorme conejo sostiene una lanza a la que va amarrada una mujer desnuda. Todas las figuras humanas se metamorfosean en frutas, en pescados o en monstruos.

Dobló las reproducciones volviéndolas a colocar entre los libros mientras retiraba la silla y se estiraba perezosamente. Apagó el cigarro en el cenicero lleno de colillas y se acercó a la cama. Su cuarto, bastante reducido, no le permitía caminar libremente y con ganas de desperezarse se agachó y levantó repetidas veces. Poco a poco se fue quitando la ropa hasta quedar completamente desnudo. Levantó las sábanas y sin echárselas encima se tendió de espaldas sobre la cama, sin moverse, con la mirada fija en el techo. Unos minutos después sus manos empezaron a tocar su piel por los costados. Se sintió desnudo como pocas veces se puede estar, conociendo o reconociendo partes de ese cuerpo que por momentos parecía no pertenecerle. La luz de la lámpara sobre la mesa llegaba tenuemente hasta él que se reconocía rosado y gris. Cesó de acariciarse, se puso las manos bajo la cabeza y nuevamente su mirada quedó fija en un punto indeterminado del techo. Súbitamente saltó de la cama. Apresurado y nervioso buscó los cigarrillos en la camisa y encendiendo uno se acercó a la mesa. Volvió a sacar las reproducciones, las apoyó en los libros y puso junto la lámpara para observarlas detenidamente. Con toda su desnudez se sentó a la mesa paseando la vista por ese mundo inquietante y abigarrado. Las figuras le parecían ahora mucho más vivas e imponentes. Se volvió hacia la oscuridad y revisó todos los rincones de la habitación. Un leve temor lo hizo estremecerse cuando su atención volvió a centrarse en las láminas. Revisó línea por línea al cerdo con la cofia de monja, lo extrajo del papel y mirando hacia la cama lo depositó ahí. Al hombre vestido que sostiene un libro sobre la cabeza lo sentó en una silla muy cerca de la cama, con el libro en blanco abierto sobre las piernas, esperando el momento preciso para escribir algo. Separó la figuras que hacen el amor parados de cabeza y las usó para sostener los libros. Los perros con armadura se situaron cerca de la puerta para no permitirle la entrada a nadie. Todos los cuerpos humanos, desnudos y azorados, empezaron a lamentarse por las heridas de los cuchillos y las flechas y a luchar contra sus extraños atormentadores alrededor del cuarto. El pájaro azul devorador del hombre al que le salen golondrinas del ano ocupó el centro de la habitación junto con el trono, la burbuja, el hoyo negro y los hombres que defecan en él. Las golondrinas empezaron a revolotear por la pequeña habitación mientras que el cuerpo que apenas asomaba en la burbuja, se fue haciendo notorio poco a poco, cayendo lentamente hacia el hueco negro. La multitud asombrada que rodeaba el extraño artefacto de madera, se agolpó ahora alrededor de la cama esperando en silencio. Todos los cuerpos que tienen flautas clavadas en el ano, el

arpa con la figura de un hombre atravesado por las cuerdas, el laúd, el tambor del que asoma un rostro gris y al que golpea un animal extrañísimo, se acomodaron en un rincón. El medio cuerpo que tiene notas musicales en las nalgas se acomodó de manera que aquéllos las vieran y la mujer empezó a señalar las notas con el dedo índice. El arpa fue la primera en dejarse oír. A cada movimiento de las cuerdas el cuerpo temblaba intensamente, pero el sonido no era de metales. Eran sonidos secos, graves, que variaban si las vibraciones se producían en la cabeza o en los pies, sobrepasando la escala musical. El dedo índice seguía marcando las notas a seguir. A cada golpe en el tambor un grito estridente hacía retumbar las paredes. De las flautas emanaba un torbellino, un sonido más fuerte que el silencio, más agudo que el ruido del viento al chocar con una aguja. Después de que tocaron aisladamente empezaron juntos una indescriptible sinfonía humana, y obligaron a los demás a que siguieran la música moviendo al mismo tiempo una determinada milésima de piel. El dado cayó de la cabeza de mujer que lo sostenía, rodando lentamente, pero resonando con toda la pesadez del mundo. El se levantó de la silla, estaba pálido, casi gris. Apagó el cigarro en el cenicero y al dejarlo se convirtió en medio cuerpo de mujer que quedó olvidado entre las colillas con los pies hacia arriba. Se acercó a la cama retirando a los curiosos y se acostó pesadamente. El hombre del libro en blanco empezó a escribir. Al acomodarse en la cama su cuerpo chocó con el del cerdo. Sintió que unas pezuñas frías le tocaban el cuerpo y la cara. Quiso retirarse, saltar de la cama. Pero no pudo, la piel rasposa y gruesa del cerdo se estaba pegando a su piel. Entonces sus manos también acariciaron al cerdo. La orquesta irrumpió en un corporal *allegro spiritoso* y todas las figuras gritaron jubilosamente. La Gran Figura deglutió el cuerpo que tenía en su mano, miles de golondrinas salieron de su pico piando y revoloteando desahoradas; los dos hombres que estaban en la burbuja cayeron rápidamente en el hueco negro seguidos por el tercero apenas deglutido. El Gran Pájaro Azul se sintió satisfecho, se limpió el pico con el manto y se dedicó a observar desde lo alto de su trono a los que estaban en la cama. El hombre del libro blanco escribía apresurado todos los acontecimientos. El cerdo bajó las pezuñas y tocó el sexo de él que poco a poco se fue poniendo rígido. El lo besó en el hocico mientras se subía a la panza y frotaba los lomos con excitación. Una vez arriba del cerdo, éste cruzó las pezuñas sobre su espalda y lo apretó fuertemente estirando las patas traseras. Las golondrinas cesaron de volar. Todos dejaron de lamentarse y de gritar. De la orquesta sólo el laúd tocaba calladamente, el cuerpo amarrado arriba se movía muy lento, produciendo sonidos que eran nada más susurros. Todos observaban el coito que llegaba a su fin. Sudoroso y pesado después del esfuerzo, empezó a resbalar por la panza del cerdo hasta quedar otra vez de espaldas sobre la cama, sin moverse, con



la vista fija en la semipenumbra del techo. El cuerpo amarrado al laúd se movía ahora un poco más fuerte, haciendo sonidos aislados que iban subiendo de tono, tristes y vibrantes. Las figuras no se habían movido en lo más mínimo, seguían tensas los acontecimientos. Rígidas y fuertes las miradas se concentraron en el cerdo. Lentamente éste empezó a abrir los ojos emitiendo ruidos extraños, como cantando acompañado del laúd. Las figuras se miraban

unas a otras sorprendidas y nerviosas. La panza del cerdo empezó a inflarse mientras cantaba cada vez más fuerte abriendo el hocico placenteramente. El Pájaro Azul desde lo alto de su trono soltó una leve sonrisa y todos lo imitaron, aunque un poco temerosos. Expandiéndose sobre la cama, el cerdo seguía inflándose, retirando al otro cuerpo que inmóvil se dejaba empujar. El hombre del libro blanco seguía escribiendo excitado y sudoroso. El laúd calló. Ahora el tambor, apenas tocado, emitía un grito apagado y doloroso, pero interminable. También cesaron los comentarios y las risas. Ante la presión del cuerpo del cerdo que se iba engrandeciendo impunemente, él había llegado hasta el borde de la cama. Uno de sus brazos se separó del cuerpo y quedó colgando sin fuerzas hasta el piso. Las flautas entonaron al mismo tiempo una triste melodía. Enorme y voluminoso, implacable en su crecimiento, el cerdo se apoderaba de la cama y él se iba deslizando del borde. Sus hombros y la mitad de su cabeza estaban ya en el aire. La pierna derecha se fue separando y describió un lento semicírculo hasta tocar el suelo; el cuerpo quedó ladeado, sostenido sólo por la otra mitad que aún podía apoyarse débilmente sobre la cama. Su pierna izquierda también empezó a ceder ante el empuje de esa mole hinchada y repugnante que además se estaba apoderando de todo el espacio del cuarto. Así comenzó a caer, a resbalar, dando una media vuelta lentísima en el aire, ese pequeño espacio se hacía infinitamente grande e intemporal, y él gozaba cada momento de la caída. Pero su caída no fue con ruido, sino callada y amable, como si una gran mano invisible y cariñosa lo depositara cuidadosamente sobre el piso, con la cara hacia la tierra. El cerdo lanzó un gruñido voraz y estruendoso que paralizó a las demás figuras y se desintegró súbitamente dejando sobre la cama la cofia de monja. La orquesta irrumpió violentamente con sus torbellinos y silencios. El Gran Pájaro Azul se puso de pie en el trono juntando los brazos con ademanes rituales. Todos los espectadores danzaban con alegría y se felicitaban eufóricos. Sin descender del trono el Gran Pájaro Azul alargó los brazos y tomó el cuerpo desnudo del caído. Con gran solemnidad lo sostuvo por los muslos con su mano izquierda y sentándose nuevamente en el trono lo colocó cerca de su pico enormemente abierto. Y comenzó a deglutirlo, pausadamente, introduciéndolo con satisfacción en su pico, pero al nuevo sacrificio le salían cuervos del ano. Unos cuervos grandes y negros que apenas fuera de la víctima devoraban implacables a las golondrinas ante el regocijo de las figuras que volvieron a flagelarse, se clavaban más cuchillos en el cuerpo, fornicaban y se destruían en una orgía tumultuosa en la que ya nada tenía orden ni lugar. Los cuervos se multiplicaban en ese espacio reducido donde todo era movimientos violentos, gritos de placer y de dolor, todos dentro del cuarto se confundían desordenadamente, menos el Gran Pájaro Azul que una vez completamente engullida su presa eructó satisfecho el último cuervo cuando



simultáneamente el hombre aparecía en la burbuja azul con los ojos muy abiertos. Con una expresión mezcla de asombro e indiferencia su cuerpo se fue estirando despreocupadamente en la ingravidez de la burbuja hasta acomodarse en cuclillas metiendo la cabeza entre las piernas y los brazos. Pronto empezaría a deslizarse suavemente hacia el abyecto hueco negro.